

UNA POSICION FRENTE A LA POESIA DE VICENTE GERBASI

Como los poetas de mayor jerarquía del grupo Viernes, Vicente Gerbasi recibe también, en la primera y última parte de su obra inicial, *Vigilia del naufrago* (1937), el avasallante impacto del gran Neruda de Residencia en la tierra. Pero este impacto no violenta y enloquece sus formas expresivas como ocurre, por ejemplo, en Luis Fernando Alvarez, uno de los poetas más estremecedores y dramático de la poesía venezolana, sino que incide fundamentalmente, en esta primerísima etapa de su proceso creador, en su visión un tanto apocalíptica y desintegradora del universo.

Tal vez la frecuentación de los románticos alemanes y de los poetas chilenos Humberto Díaz Casanueva y Rosamel del Valle, ambos apasionados a su vez por el extraordinario movimiento alemán, haya atemperado bastante el lenguaje de Gerbasi y no le haya permitido caer en los excesos, los desbordamientos verbales y en esas enumeraciones caóticas y disolventes tan del gusto de Neruda y sus epígonos. Los arquetipos y paradigmas de la belleza y el hombre propuestos por Holderlin en su *Hyperión*, probablemente hayan influido, en alguna forma, en ese ideal de serenidad y armonía expresivas que siempre ha regido la poesía de Gerbasi.

El respeto de las formas contenidas lo induce, con toda seguridad, a escribir su libro *Liras* en un momento en que las vanguardias hacían furor en Europa y América, como tributo, sin duda, a una de las composiciones poéticas más armoniosas y seductoras de la literatura clásica.

En *Vigilia del naufrago*, la última parte del libro retoma la forma expresiva de la primera y cierra ese breve paréntesis alado (Paréntesis del lirio en asombro) y marcado por un ostensible devoción a cierta poesía española, especialmente a la de Juan Ramón Jiménez.

Demasiado joven, Gerbasi no ha encontrado todavía su propia personalidad, aunque ya se advierten en él sus futuras posibilidades creadoras. Hay atisbos firmes y premonitorios, y las influencias que se acusan no habrán de continuarse en rémoras lisiantes y perturbadoras que lo limiten, sino en fecunda enseñanza.

Tres años después, en *Bosque doliente* (1940), se perfilan ya, con bastante precisión, algunas de las características propias del poeta y que se afirman con toda nitidez en su obra posterior, particularmente en *Mi padre el inmigrante* y *Los espacios cálidos*, a nuestro juicio sus libros más realizados.

Gerbasi tiende con insistencia, a la idealización de la naturaleza a través de un lenguaje elíptico que crea y nos comunica imágenes muy vagas, ambiguas, penumbrosas. Los objetos reales entonces se cargan de una tensa y sutil atmósfera de subjetividad que diluye y borra sus contornos y que casi lo extingue. Este proceso de idealización o subjetivización conduce a una cerrada identidad entre la naturaleza y los estados de ánimo del poeta, en la que los términos de la relación pueden llegar a invertirse y confundirse, pudiendo en consecuencia, los estados de ánimo pasar a ser atributos de los objetos físicos y las cualidades de estos a ser los estados de ánimo y no simplemente su reflejo o representación.

Para la creación de este punto rapsódico, esta zona indeterminada e indefinida, el poeta se vale de metáforas referenciales, alusivas y no concretas, que generan una escritura plural. En su libro de ensayos *Creación y símbolo*, el propio Gerbasi ha expresado: "En poesía las palabras no poseen un valor justo, filológico, etimológico, sino que adquieren un valor múltiple, que escapa a la lógica corriente del lenguaje. La palabra cambia de valor de acuerdo con su relación". De aquí deriva la inutilidad o la imposibilidad de buscarle un sentido a sus composiciones poéticas, porque el sentido de ellas va a estar dado, justamente, no por un sentido sino por esa diversidad de sentidos que admite el propio autor.

Estas oscilaciones del sentido en que se complace el poeta, no pueden en ningún momento hacernos pensar en un regodeo lúdico y deliberado. Gerbasi es uno de los poetas más auténticos (si puede existir una escala de autenticidad en la poesía) que haya producido la literatura venezolana. El lector, participe o no de ellos, de inmediato advierte en sus textos una legitimidad que se le impone como sello irrevocable. Por más desaprensivo que sea, se da cuenta de que el poeta no puede ser de otra manera y de que sus recursos expresivos obedecen a una profunda necesidad interior y a la veraz confrontación de sus experiencias y emociones con el mundo en que vive y que al mismo tiempo lo determina.

En el primer poema de *Bosque doliente*, Gerbasi expresa:

Todo mi ser dormía en la celeste morada de los estanques
como si en mi los días movieran un jardín encantado

y en el penúltimo, objetivándose en bosque:

Soy bosque susurrante en el espacio de la noche
y por mis sienas pasan en la sombra las alas de la muerte,
en la inquietud que tañe sus cuerdas
de arpas sagradas en medio de las fuentes.

Se observa en este libro de tono neo-romántico la asidua fusión metafórica de imágenes de diversa naturaleza —olfativas con auditivas o visuales, por ejemplo— tan características de él, para irradiar una imposible e inasible sensación poética:

¿No has comprendido, acaso, que eres como la rosa
de cuyo perfume nacen sagradas melodías?

¿Era, acaso, aquella música la curva de las colinas?

Es evidente aquí ya la ambigüedad expresiva constante en su poesía y en la que soslaya el tratamiento directo del objeto o del estado anímico y se persigue solamente sugerirlo en forma bastante oblicua y asordinada.

En 1943 publica Gerbasi los *Poemas de la noche y de la tierra*. Los estados subjetivos alcanzan a objetivarse y concretarse en hechos reales o fenómenos naturales:

¿Haz grande mi tristeza,
misterio de la noche!
Que pase como el viento
por las sombras del campo,
coronando los montes
de nieblas solitarias,
tañendo en las aldeas
arpas de eternidad.

En la yerba tostada por el día, el sueño del caballo
nos rodea de flores, como el dibujo de un niño.

En estos últimos versos, lo abstracto se torna inefablemente concreto en el instante en que el sosiego y el hechizo del sueño obran el milagro poético de engendrar flores, como podría ocurrir también con el dibujo de un niño.

En los *Poemas de la noche y de la tierra* se anuncian los contenidos de *Mi padre el inmigrante*, pero, como en una suerte de preámbulo dilatorio para acumular fuerzas, el poeta publica, antes de lanzarse a su gran aventura, el libro *Liras*, el cual viene a ser como un visitante extraño e inesperado en la obra de Gerbasi. En este breve libro el poeta incursiona en la estrofa de cinco versos —heptasílabos el primero y el tercero y endecasílabos los restantes— que introduce Garcilaso en la poesía española y que llevan a su grado máximo de perfección Fray Luis de León y San

FRANCISCO PEREZ PERDOMO

Juan de la Cruz. Es el único intento de versificación medida y rimada —consonancia del primer verso con el tercero y del segundo con el cuarto y quinto— que conocemos de este poeta y, no obstante la forma métrica previamente elegida, gracias a su fuerza creadora, Gerbasi sale airoso de su cometido y muestra, de paso, un hábil manejo de los recursos técnicos —hipérbaton, políndeton, asíndeton, combinaciones estróficas y de palabras, yuxtaposiciones, etc.— utilizados por los clásicos en la creación de esta forma poética.

En 1945 Vicente Gerbasi publica *Mi padre el inmigrante*. La asociación que se hace de este poema con la *Silva criolla*, de Lazo Martí, no es un despropósito, pues si bien las diferencias formales entre ellos son demasiado evidentes, no lo son menos las coincidencias en los contenidos y en las proposiciones que existen en ambos. *Mi padre el inmigrante* ha sido considerado por muchos como la obra esencial de Gerbasi. El énfasis que ha puesto cierta crítica para destacar el tema, tal vez haya impedido, en algunos casos, disfrutar este libro con mayor intensidad. *Mi padre el inmigrante* es un extenso poema integrado por treinta cantos o, si se quiere, un conjunto de poemas sobre un mismo tema. La figura casi mítica del padre es el estímulo que opera en el poeta para comunicar su emoción frente al paisaje, el que viene a ser en última instancia, el tema o elemento anecdótico del poema. Pero la crítica ha insistido en demasía sobre el tema, olvidándose un poco de que éste no es el único elemento importante, sino uno de los tantos de que se vale el poeta para llegar al poema. El asunto o tema es un medio, pero el fin es el poema. "El asunto existe para el poema, no el poema para el asunto" —ha dicho Eliot.

Mi padre el inmigrante plantea enigmas metafísicos, recrea supersticiones, climas, espantos, mitos, leyendas, costumbres rurales, toda una flora y fauna fascinante y mágica. La naturaleza aquí estimula una serie de complejos mecanismos interiores, tornándose así *Mi padre el inmigrante* en un poema que va desde afuera hacia adentro y en el que prevalece lo interior:

A veces caigo en mí, como viniendo de tí,
y me recojo en una tristeza inmóvil.

Dejaste en mi existencia la nostalgia del mundo.

Entre el ser y el otoño pasaba la tristeza.

VICENTE GERBASI: POEMAS

Selección hecha por el Departamento de Literatura U.C.

Nota de la Redacción:

El gran poeta carabobeño, Vicente Gerbasi, ha sido invitado para participar en el ciclo: *El Poeta, La Poesía*, martes 14 a las 6 P.M. en la Facultad de Educación. El ciclo fue iniciado por Juan Calzadilla el martes pasado. Otros poetas que intervendrán: Eugenio Montejo, Juan Sánchez Peláez, Jorge Núñez, Gabriel Rodríguez y Arnaldo Acosta Bello.

TRANSPARENCIA:

Para anular distancia
busqué el cielo en el agua.

Dejé de ser en mí
y fui en el otro, vago,
entre nubes volteadas, tímidas,
inseguras de su rumbo hacia otros cielos.

Transparente me cruzaron los peces.
Por mi pecho pasaron con su lento andar
las aguas del río.

Como río y cielo,
como cielo y luz,
yo y río,
un solo pensamiento
inviolado por la marcha de las aguas.

No roza el río nada de lo que en él se mira:
ni nube, ni cielo, ni luz!

Por el pasan
y en el todo lo abstracto se hace pensamiento.

¿Estaré yo aún viviendo en el agua?

Y si estoy,
¿cuántas cosas en la memoria de los ríos!

SOLEDAD

Mi pensamiento puede mover la máquina liviana de los aires,
la ronca máquina del firmamento
y disponer el rumbo de los astros
y adivinar la sonrisa de los ángeles,
porque viaja mi corazón a flor de agua.
Porque he dado toda la nostalgia de mis tardes
a la quietud lejana del molino de viento.
Porque he sufrido en el fondo sufrir que cubre al mundo.
Porque recuerdo las batallas
y los pinos y la rosa sobre el mármol.
Porque el bosque es mi vivienda
y en el oigo el llanto inconsolable de las madres.
Porque sé las leyendas, las historias,
y la fábula del ciervo y la espiga entre los niños.
Podría hacer harina con la máquina del aire
y hacerla nevar sobre la tierra.
Podría hacer el dorado pan de todos
Más ¿quién oye mi voz?
El tiempo me tiene aterido sobre la helada desolación.

Escuchad hacia adentro los ecos infinitos,
los cornos del enigma en vuestras lejanías.

Fugaces resplandores pasan entre mis huesos.

Y estoy aquí buscando las respuestas de mi sangre,
los signos solitarios que me hieren.

En este libro las reiteraciones y enumeraciones producen, en ciertos cantos, una cadencia recitativa, lo que algunos han incrementado como recurso fácil y ornamental, orientado sus preferencias entonces por *Los espacios cálidos*, sin duda un libro mucho más directo y despojado, aunque no logra tal vez la riqueza interior, la densidad conceptual y la suprema nostalgia que recorren las páginas de *Mi padre el inmigrante*. Pero de todos modos la elección no es tan sencilla y de alguna manera estará condicionada por las afinidades personales, conscientes o inconscientes.

En *Los espacios cálidos* (1952), Vicente Gerbasi alcanza por momentos una poesía impregnada de un severo estetismo en cuanto a la elaboración de las imágenes. Al lector, este libro se le impone con una aparente facilidad que no deja de desconcertarlo. Tal economía de medios es también una terrible prueba para el poeta. Con su aparente facilidad, Gerbasi ha alcanzado una sencillez muy difícil y a la que sólo pueden llegar muy pocos escritores. El enigma y la profundidad del poema se mantienen en toda su plenitud. El orden y la coherencia interior del verso se sostienen por sí solos en su total desnudez. Se le exige al vocablo una mayor eficacia individual y un valor más específico, sin que pensemos, por ello, que todo ritmo esté desterrado de este libro, pues cualquier combinación de palabras, sea cual fuere, produce inexorablemente sonidos.

En *Los espacios cálidos* el sujeto—poeta se proyecta hacia afuera y recoge una extraordinaria diversidad de sensaciones visuales, táctiles, olfativas, auditivas, etc., en su abundante proliferación de matices. Se busca un mayor objetivismo, en comparación con *Mi padre el inmigrante*, no obstante partir el desarrollo del poema de un sujeto reiterativo. El estilo elíptico (se omite a menudo el primer término de la comparación) alcanza aquí su más alta expresión y las relaciones del mundo exterior con los estados de ánimo se acortan, se hacen más obvias y frecuentes:

Yo iniciaba la era de las aves migratorias,
de los horizontes fluviales,
de las oscuridades diurnas en el fondo de los juncos.

Debajo de mis párpados se encierra el furor de la noche.

Hay un escarabajo de ardiente metal volando en mis sentidos.

En este libro, igualmente, el lenguaje como ya lo hemos dicho, busca su mayor sencillez, eliminando todo rasgo de elocuencia, lo que hace de Vicente Gerbasi un poeta muy singular en la literatura venezolana, tan cargada de discursos altisonantes y vacíos. La presencia del misterio se comunica directamente al lector, natural y espontáneamente, sin la utilización por parte del poeta de argucias o artificios explicativos, puesto que este misterio es un hecho real, verdadero, cotidiano y demasiado evidente para el creador:

Por la arena de la noche galopaba un jinete sin cabeza.

Se acentúan también en los poemas de este libro los procesos sintéticos, tan habituales y espontáneos en el mundo psíquico del poeta y tan aprovechados a lo largo de toda su obra de creación:

El año sostiene las campanas del domingo,
anaranjadas como la flor del bucare.

El sabor azul de la vainilla

Era un temblor rojo de silencio

Sólo los bambúes tienen un silencio azul.

Si *Tres nocturnos* (1946) anticipan los contenidos y formas de *Los espacios cálidos*, *Los círculos del trueno* (1953) continúan el ritmo expresivo y la búsqueda interior de *Mi padre el inmigrante*:

Soy el que va en sí mismo oyendo el mundo,
oyendo como baja por su sangre
el rumor milenario de la tierra.

El libro *Tirano de sombra y fuego* (1955) es una crónica poética de los acontecimientos más relevantes en la vida de Lope de Aguirre y de su viaje expiatorio en busca de su propia muerte por las sombras y las soledades de la noche. Sustituirse en los sentimientos que experimentaba el Tirano Aguirre frente a la naturaleza, era improbable para Gerbasi; y la despersonalización intentada a través del uso de la segunda persona del singular (no obstante la cercanía y la familiaridad que ella implica), era asimismo un escollo muy duro de salvar para un poeta que venía enfatizando en su "Yo". Así, el poema no trasciende la mera descripción de algunas circunstancias destacadas en la vida de Lope de Aguirre y del mundo exterior que le sirve de escenario y que, más tarde, lo mitifica, aunque se nos presente el texto, por momentos, con toda la fascinación que ejercen en cualquier clase de lector los sortilegios del realismo mágico.

Cuando un poeta alcanza la plena madurez —plantea Eliot en alguna parte y en otros términos—, oscila entre tres posibilidades: o no escribir más, o repetir, o ensayar nuevas formas expresivas. En sus últimos libros, *Por arte del sol* (1958), *Olivos de eternidad* (1961) y *Poesía de viajes* (1968), Vicente Gerbasi no enriquece de modo ostensible su obra anterior. Al parecer, Gerbasi ha optado por la segunda posibilidad señalada por Eliot, y aunque en muchos poemas de estos últimos libros citados se mantiene a la altura de su jerarquía creadora, tales como en "Mar", "Jerusalén", "Los beduinos", por ejemplo, las más de las veces Gerbasi está por debajo del nivel alcanzado en sus libros más significativos. No queremos indicar con esto que Gerbasi haya agotado sus dotes expresivos y no pueda ofrecernos, ahora en la madurez, textos superiores a su obra anterior.

Vicente Gerbasi es uno de los poetas que mayores beneficios ha aportado a la poesía venezolana de nuestro tiempo y en ningún caso debería interpretarse esta observación personal como incriminación o reclamo arrogantes. El respeto por su obra y la deuda con ella contraída, no lo toleraría jamás.